

agilidad de espíritu para andar suelto entre cadenas.

Y no formular el fácil argumento—de mero sentido clínico o policial—de que ninguna *conducción*—esto es la auténtica pedagogía—puede ser realizada sin látigo. Sí, sí, en efecto. La coacción es lamentablemente necesaria. He aquí el gran problema. Pero ¿se trata de un problema pedagógico? No. Aquí—contesta Petersen—«la pedagogía retrocede para ceder sus derechos a otras ciencias, a la psicopatología, al Derecho penal... Pero la coacción no es un medio educativo.» El medio es otro: *abrir una distancia* entre el educador y el alumno; una distancia llena de fe en el conductor por parte del niño; llena también de *reverencia* inteligente al alumno por parte del pedagogo. De reverencia y amor. Educar no es aplicar metáforas al niño, no es someterlo a la cinta métrica común, sino comprender y fomentar en él todo lo

individual que más tarde convertirá al niño en un hombre determinado. La educación tradicional para quien la moral apenas era sino cierta *forma del miedo* (Nietzsche), suponía siempre envenenadas las raíces del hombre, y todo su esfuerzo se aplicaba no a fomentar el desarrollo de una vehemencia personal, sino a filtrar una genérica, de siervo que dócilmente se acomoda a la ley de un señor desconocido. La verdadera educación tiene en cuenta, ante todo, la personalidad del niño; es *conducir*, hacer posible la libre exteriorización de la personalidad del niño. A la autonomía del joven por una *simpática* autoridad del pedagogo—y acerca de esta *simpatía* hay en los fragmentos aludidos observaciones muy certeras—. Porque hay algo más que una norma, y mucho más que una

norma arcaica: el amoroso deseo de crear otra nueva.

¿Cómo se educaron estos *mozalbetes* a quienes un día cualquiera la actualidad los arrastró a ser iconoclastas? Seguramente en el culto a esos mismos iconos. ¿En el culto o en el miedo? ¿Iba esta educación encaminada a fomentar personalidades nuevas o a acomodarse a las viejas? ¿Fue verdaderamente respetada su infancia para que ellos después respetasen la vetustez de los otros? He aquí unas preguntas que muchos maestros españoles debieran irse formulando. El mozalbote de mañana, ¿está ahora en manos de viejos escultores o de auténticos pedagogos? ¿Cuándo el hombre llegará a convencerse de que los recién llegados al mundo no necesitan moldes sino caminos?

Benjamín Jarnés

Poesías

=Envío del autor. De un libro en preparación: *Cantos del Viajero*=

Motivos isleños

A Gabriela Mistral

I

Tranquilo el mar... apenas ondeante... sin rumores...
Componiendo sus grandes redes, un pescador.
Transparencia, una diáfana transparencia en el cielo.
Una nube, una sola, de impoluto vellón.

Voy andando en el júbilo matinal... Voy andando...
¡Qué coquetas y simples las moradas de paz
de las gentes sencillas! A las gentes sencillas
que voy viendo, sonrío, como amigo, al pasar.

Viejos fuertes, con gesto de energía sin falla.
Caras gordas de infantes, rebosando salud.
Lindos rostros de isleñas, de mirada sincera,
amplia como el océano, honda como el azul.

El hechizo del cielo. El gentil caserío.
Un zafiro viviente y grandioso: el Canal.
Uno sueña, y suspira. Placidez de remanso,
y un ansioso deseo de emoción y bondad.

Alma mía;
alma mía ya un tanto fatigada y sombría:
—Bebe el sol de la isla y el salitre del mar.

II

Templo rústico, simple,
sin duda grato a Dios.
Sencilla, verdadera
casa de la oración.

La iglesia humilde, llama.
Dan deseos de entrar
—sin el tiempo vivido,
libre de él—a rezar.

Imágenes que visten
personas de la grey.

(Dedicación, paciencia
nacidas de la fe.)

No hay el púlpito airoso,
rico; el predicador,
a la altura de todos,
dice el verbo de Dios.

Sencilla, verdadera
casa de la oración.

III

Llegó de la otra orilla del Canal
la embarcación colmada de mujeres.
Traen cestas henchidas
de mariscos y peces,
de carbón, hortalizas
y botellas de leche.
Saltan del bote y, ágiles

pisan, la carga en hombros, los peñones del muelle;
y—la pierna desnuda,
de vistosos colores detonantes la veste;
sonrosadas las carnes
y al cuello el rústico rebozo—tienen
no sé qué de leyenda...
Yo las veo perderse
por las callejas del poblado, y pienso.
Pienso en su adversa o favorable suerte.
Una, acompaña a un hombre de quien es luz y guía;
otra es mujer de un truhán, y lo sostiene;
otra sueña, no deja
de soñar, y, soñando, muere... muere...

Vieron llegar mis ojos
la embarcación colmada de mujeres.

Islas de Chiloé y Calbuco (Sur de Chile.)

Palabras del huésped

A Mercedes Arias

He bebido la copa de agrias filosofías;
las voces del espíritu me dicen: no soñar;
conozco desalientos, y, sin embargo, hay días
en que retorno a sendas que quise abandonar.

Los reflejos, las sombras de cosas que he dejado,
vuelven a mí, vengándose, triunfales de mi olvido.
Huyen muy pronto, es cierto; no las he convocado,
y saben que de ellas me es extraño el sentido.

Me es extraño al sentido de una rara hermosura
—breve trino, humo leve... que ha sido y no será.
El que fui, sólo es huésped que, en el que soy, murmura
un saludo, unas pocas palabras, y se va.

¿Por siempre?

Yo que vine por horas
a tu plácida aldea,
me dejo estar... Los días
y las semanas vuelan.

¿He perdido a tu lado
mi boleto de vuelta?
¿Tardaré en encontrarlo
más de una primavera?

Mejor, si me quedara

por siempre; si vertieras
por siempre en mí, tu dulce
mirar, tu voz benévola.

Por siempre... Siempre, o nunca,
tienen igual esencia.
Nunca y siempre: palabras
queridas del que sueña.
Siempre y nunca la vida
(mujer) se nos entrega.